

CULTURA

El lujo de una sonrisa

Víctor Pliego

LOS cuerpos raros y delgados de los modelos me miran desde algunos carteles con gestos tan duros en la mirada que intimidan. Ese era, sin duda, el propósito del publicista. El significado exacto de esas caras de palo me es desconocido. No se si expresan soberbia o lujuria, cabreo, desdén o violencia, pero ninguna de esas posibilidades me agrada. La sonrisa era hasta hace poco una señal luminosa de interés, respeto y simpatía hacia los demás pero, en esta sociedad cada día más hostil y agresiva, la sonrisa tiende a desaparecer.

Cuando me sonrían en una ventanilla, en un comercio, en una caja, en un café o en un taxi, me resulta tan inusual que ganas me dan de agradecerlo con besos y abrazos. Con recato y pudor, me contengo. Las caras largas se ven en los anuncios: también en los divos internacionales, en los jefes conscientes de su cargo, en los niños futbolistas que, tras ganar un partidazo, en vez de dar palmas con las orejas se congratulan ante las cámaras conteniendo la respiración, mientras susurran algo sin mover cejas ni labios, con un rostro alicatado por la máscara del dinero.

Conocí a un hombre horrible y ambicioso que nunca sonreía. De hecho, nunca me miró directamente y mi trato con él siempre fue brusco y distante. Quedé muerto de asombro cuando, en un acto protocolario, descubrí el tamaño de la enorme y servil sonrisa que fue capaz de desplegar ante las autoridades que acudieron al evento. Miedo daba verle enseñar tantos dientes.

Muchos jóvenes, sensibles a las modas que definen o reflejan el curso de la vida cotidiana, van suprimiendo de sus costumbres las cortesías, al parecer anticuadas, del saludo y del sonreír, como si fueran un despilfarro innecesario y superfluo, salvo en el caso excepcional de trato interesado y sumiso con los jefes. Los lamas serán algún día los únicos sabedores del secreto de sonreír, como aquellas pétreas divinidades de los tiempos arcaicos.